

puedes prometerte en lo sucesivo. Por el contrario, si te determinas á seguir exactamente las leyes del Evangelio, tendrás por fruto la paz y tranquilidad de la vida, la estimacion y honor de las personas sensatas, la amistad de Dios y de sus santos, y últimamente, aquella firme esperanza de felicidad que te hacer mirar la muerte como un sueño, y la vida como un estorbo que te impide la vision beatífica para que estás destinado. La razon, la naturaleza, la gracia, el ejemplo de tus hermanos, y hasta tu misma experiencia te deben tener convencido de todo esto. Infeliz de ti, si despreciando las inspiraciones y las luces que te comunica el Espíritu Santo, abandonando los convencimientos que en este instante siente tu corazon, y cerrando los ojos á las luces de la verdad y de la justicia, persistes en tus errores antiguos, prefiriendo á la ley de Dios las leyes del mundo, y viviendo segun sus perniciosas máximas. La maldicion de Dios te seguirá en todas tus operaciones; experimentarás en esta vida el justo castigo que tiene decretado el cielo contra los que ponen mano al arado, y vuelven atrás en su camino; y por complemento de tu infelicidad mirarás la muerte como un principio de dolores interminables.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN UBALDO, OBISPO.

Nació san Ubaldo en Eugubio, ciudad de la Umbria, en Italia, por los años de 1084, de una de las mas nobles y mas distinguidas familias del país. Habiendo perdido á su padre casi estando aun en la cuna, fué confiado á la tutela de un tío suyo, llamado

tambien Ubaldo, que le habia sacado de pila, y era un caballero aun mas distinguido por su virtud que por su noble nacimiento. El mismo le dió las primeras lecciones de una cristiana educacion, reconociendo en el niño Ubaldo admirables disposiciones para la virtud, y no menor ingenio para sobresalir en el estudio de las letras. Púsole despues á pension en casa del prior de San Mariano y Santiago, para que estudiase en compañía de otros niños dedicados al servicio de la Iglesia; y en poco tiempo hizo muchos progresos en las letras humanas y divinas, pero mucho mayores en la ciencia de la salvacion.

Tuvo que padecer grandes combates su inocencia en medio de una casi general corrupcion de costumbres. Cansado en fin, y ofendido de la licenciosa vida que se toleraba en los niños colegiales, compañeros suyos, dejó el colegio ó seminario de San Mariano, y entró en el de San Segundo, donde se vivia con mucho mayor arreglo, y allí concluyó sus estudios. Cuanto mas sabio se hacia, mas devoto se mostraba. La tierna y afectuosa devocion que profesaba á la Reina de los cielos le inspiró tanto amor á la pureza, que aun siendo muy niño, y hallándose heredero de un pingüe patrimonio, resolvió renunciar á todas las vanidades del mundo, é hizo voto de perpetua castidad.

Una virtud tan rara en un jóven rico, noble, de buena disposicion y de mucho ingenio, en una ciudad donde eran tan pocos los buenos, movió al obispo san Gramairiano á atraerle á su compañía; y noticioso de que habia abrazado el celibato, le hizo prior de su iglesia catedral, que era la de San Mariano, donde habia pasado Ubaldo los primeros años de su niñez.

El cabildo, de que se halló cabeza nuestro santo siendo todavia tan jóven, hacia muchos años que

vivia sin órden y sin disciplina. Estaba desterrada de él la regularidad, abandonados los divinos oficios, y se tocaba á las horas canónicas, pero no se decían. El claustro de los canónigos estaba abierto á todo el mundo; el desórden era tan público y tan continuo de noche como de día; en una palabra, eran pocos los canónigos que no llevaban una vida escandalosa. Gimió Ubaldo en vista de tan deplorable situacion; derramó torrentes de lágrimas en la presencia de Dios, y no cesaba de implorar su misericordia por la conversion de sus hermanos.

El mal era grande, y la cura difícil. La misma inocencia y la misma virtud del santo prior eran al principio como un estorbo, mirándole los canónigos como un mudo censor que los incomodaba. Su silencio, su modestia y sus mismas urbanas atenciones en vez de templar los ánimos los enconaban mas y mas. Como su vida era una vivísima reprension de la que ellos traían, no podían sufrir que fuese cabeza de su comunidad. A los principios intentaron obligarle á renunciar la dignidad á fuerza de pesadumbres; pero su afabilidad, su paciencia y su política los hicieron mas tratables; solo los desesperaban sus ejemplos, y así nunca le podían mirar sin enfado.

Conociendo muy bien san Ubaldo así la naturaleza de la enfermedad, como el temperamento de los enfermos, se contentaba con procurar cumplir con las obligaciones de su estado, sin darles mas leccion ni aplicarles otro remedio que el del buen ejemplo. Comenzó ganando á tres canónigos de los menos viciosos, á los cuales persuadió que, juntándose á él, viviesen todos en comunidad, no teniendo mas que un refectorio, un dormitorio y un coro comun. Edificó á toda la ciudad esta ejemplar vida, resucitando en el clero el fervor de su primitivo espíritu. Por este tiempo, habiendo oido nuestro santo elogiar á cierta

comunidad de eclesiásticos, que con el titulo de canónigos reglares habia fundado un gran siervo de Dios, llamado Pedro de Honestis, en la iglesia de Santa Maria del Puerto, territorio de Ravena, pasó allá, y estuvo tres meses en ella para empaparse en su espíritu y observar su disciplina. Agradóle el instituto, y trajo consigo á Eugubio sus constituciones, las que gustaron tanto á los canónigos de su reducida comunidad, que todos unánimes resolvieron abrazarlas. Bendijo Dios la perseverancia y el zelo de nuestro santo; porque todo el cabildo se convirtió, admitió el nuevo instituto, y en poco tiempo fué una de las mas ejemplares comunidades de canónigos reglares que florecian en la Iglesia universal.

Algun tiempo despues un incendio, que abrasó la mayor parte de la ciudad, redujo á cenizas el convento y claustro de los canónigos; ocasion que pareció á Ubaldo muy oportuna para renunciar el priorato, y satisfacer el deseo que tenia de retirarse á la soledad. Pero no queriendo proceder en cosa alguna sin consejo, fué á verse con el bienaventurado Pedro de Rimini, prior del desierto de Font-Avelle, para comunicarle sus intentos. Disuadióselos el siervo de Dios, declarándole ser tentacion del enemigo, y lazo que le armaba para destruir el nuevo instituto, y arruinar en la cuna la reforma: aconsejóle que se restituyese al punto á su iglesia, y procurase reedificar cuanto antes el convento. Obedeció Ubaldo, y bendijo Dios su docilidad y sus trabajos, logrando ver en breve tiempo á su cabildo de Eugubio uno de los mas santos y mas florecientes de toda Italia.

Pero como se habia extendido por todas partes la fama y la reputacion de nuestro santo, no era fácil que le dejasen gozar de su quietud por mucho tiempo; y habiendo muerto el obispo de Perusa, el clero y el pueblo de comun acuerdo nombraron á Ubaldo para

que le sucediese. Noticioso de su eleccion, salió secretamente de la ciudad, y se escondió en un sitio muy retirado, hasta que supo que los diputados de Perusa se habian vuelto á sus casas. Entonces salió de su retiro, y llevado de su aversion á las dignidades eclesiásticas, se fué directamente á Roma, se echó á los piés del papa Honorio II, y le suplicó no atendiese al nombramiento de la iglesia de Perusa hecho en su favor, vertiendo tantas lágrimas, y alegando tantas razones para que le excusase del obispado, que el papa se dejó persuadir, y declaró nula la eleccion del pueblo de Perusa.

No duró mucho tiempo el triunfo de su humildad; porque habiendo sucedido dos años despues la muerte de Estévan, obispo de Eugubio, y no conviniendo el clero y el pueblo en la eleccion, se vió precisado Ubaldo, como prior ó dean de la catedral, á volver á Roma para suplicar al papa que pusiese fin á aquellas contestaciones. El papa, que estaba muy arrepentido de la vacuidad con que antes habia condescendido con su repugnancia, le nombró obispo de Eugubio, sin que le valiesen sus razones, súplicas ni lágrimas; fuéle preciso obedecer y rendirse á una eleccion que mereció el universal aplauso del clero y pueblo. Fué consagrado por el mismo papa el año de 1129, declarando Dios ser suya esta eleccion, y justificándola el santo desde luego por los grandes ejemplos de virtud, y por los maravillosos frutos de su zelo.

Persuadido que la virtud de un simple prior no era suficiente para un obispo, dobló su fervor, su devocion y sus penitencias. Siempre habia sido parca su mesa; pero no obstante aun hizo que fuese mas frugal, refinando, por decirlo así, su abstinencia, su modestia y su pobreza. Solia decir que el obispo debe hacerse respetar por su virtud, mas que por su tren y por su equipaje; y añadia : *Si el obispo tiene*

mas renta que un canónigo, no es para mantener mas criados, sino para sustentar mas pobres. Vivía con una continua mortificacion de sus sentidos, y con un completo desasimiento de todas las cosas. Infatigable en los trabajos de la penitencia, y en los que eran inseparables de su ministerio, velaba continuamente sobre el rebaño que se le habia encomendado. Ganaba los corazones con su agrado, con su apacibilidad y con su paciencia. Diciendo un dia á un albañil que no habia hecho bien en levantar una pared en suelo ajeno, aquel bárbaro lleno de furor echó al santo obispo en un monton de cal. Levantóse tranquilamente el humildísimo prelado, y se retiró á su palacio sin hablar palabra; pero el pueblo, que no era tan moderado, clamaba por el castigo de tan sacrilega insolencia, y temiendo el santo obispo que maltratase al delincuente, le puso á salvo en su mismo palacio. El albañil, penetrado ya de un vivísimo dolor de su delito, se ofreció á expiarlo con su misma vida; pero todo el castigo que le dió, fué despedirle con un ósculo de paz.

Queriendo en cierta ocasion sosegar un tumulto popular, se metió intrépidamente entre las espadas desnudas; y en vista del peligro que corria el santo prelado, se dejaron todos caer las armas de las manos, siguiéndose la reconciliacion por efecto de sola su presencia. Ninguno fué mas dueño de los ánimos y de los corazones de todos. Despues que el emperador Federico Barbaroja hubo sujetado á los Romanos, y saqueado la ciudad de Espoleto, se dirigia á Eugubio con ánimo de hacer lo mismo; pero habiéndole salido á recibir el santo obispo, le desarmó. Lleno Federico de respeto y de veneracion á su virtud, dejó todo el fausto que le rodeaba, se postro á sus piés, le pidió su bendicion, y perdonó á la ciudad. En medio de sus continuas y dolorosas enfermedades,

que disimulaba siempre con un semblante alegre, apacible y sereno, ningun año dejó de hacer la visita de su obispado, y ningun día de sustentar al pueblo con el pan de la divina palabra. Así como no hubo pastor mas amado de sus ovejas, así no hubo ovejas mas dóciles á la voz de su pastor. El culto divino restituido á su esplendor antiguo, los abusos desterrados, y las costumbres reformadas, fueron fruto del infatigable zelo de san Ubaldo, que consumido al rigor de sus penitencias y pastorales fatigas, debilitado por sus achaques, y presintiendo que se iba acercando la hora de su muerte, se hizo llevar á la iglesia de San Lorenzo, donde se mantuvo como en una especie de retiro hasta el día de la Ascension, disponiéndose para aquella última hora. Mandó despues que le restituyesen á su palacio episcopal, donde no cesó de dar saludables instrucciones todo el tiempo que tuvo libre el uso de la lengua. Agravándose la enfermedad la víspera y día de Pentecostés, corrieron todos á recibir su última bendicion al pié de su humilde cama; sin oirse en la ciudad mas que llantos y universales gemidos, hasta que en la noche del día siguiente, que fué el 16 de mayo, pasó tranquilamente á la gloria eterna de los bienaventurados, en el año 1160, á los setenta y seis de su edad, y treinta y uno de su obispado.

Acudieron á venerar el santo cadáver todos los pueblos vecinos á la primera noticia de su muerte, pareciendo triunfo mas que pompa fúnebre sus magnificas exequias; y los grandes milagros que obró Dios por intercesion del santo, estando aun de cuerpo presente, continuándolos despues en su glorioso sepulcro, movieron al papa Celestino III á canonizarle el año 1192. Cuatro años despues se hizo la traslacion de su cuerpo á la iglesia catedral de San Mariano y Santiago, que está sobre un montecillo extramuros

de la ciudad, y se comenzó á llamar *el Monte de san Ubaldo*, por haberse edificado allí una suntuosa iglesia dedicada al santo, siendo cada dia mayor y mas solemne la devocion de aquel pueblo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Auxilium tuum nobis, quæsumus, Domine, placatus impende, et intercessione beati Ubaldi, confessoris tui atque pontificis, contra omnes diaboli nequicias dexteram super nos tuæ propitiationis extende. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que, aplacada tu ira, nos concedas auxilios particulares, y que por la intercesion del bienaventurado Ubaldo, tu confesor y pontífice, nos alargues tu mano poderosa para defendernos de todas las asechanzas del demonio. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el día v, pág. 97.

NOTA.

« Hay gran variedad de opiniones sobre el tiempo » en que se escribió el libro del Eclesiástico. Los que » le atribuyen á Salomon suponen que fué en su » tiempo; otros quieren que fuese en el pontificado » de Eleazar, y en tiempo de Ptolomeo Filadelfo rey » de Egipto; pero la opinion mas comun es que se escribió siendo pontífice Onías III, y Antioco Epifanes » rey de Siria. »

REFLEXIONES.

Dióle el gran sacerdocio para que ejerciese sus funciones, para que cantase alabanzas á Dios, para que en su nombre anunciase al pueblo su gloria, y para que ofreciese incesantemente al mismo Dios incienso digno en olor de suavidad. Esto es puntualmente lo que quiere Dios de todo aquel á quien eleva á la alta dignidad del sacerdocio; que ejerza sus funciones,

fungi sacerdotio; esto es, que todos los días ofrezca en el altar el cordero sin mancilla : *Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie* (1). Que su ocupacion y su oficio sea cantar alabanzas al Señor, y predicar al pueblo su palabra. Y por cuanto un ministerio tan santo y un carácter tan sagrado están pidiendo una vida pura, inocente y ejemplar, que en todo tiempo exhale el buen olor de Jesucristo; exige Dios de todos los sacerdotes un arreglo de costumbres el mas exacto, una virtud la mas particular, un fervor constante y que no se desmienta jamás. Son los sacerdotes por su carácter, personas consagradas; por su estado, ministros del altar; por su titulo, conquistados ó adquiridos especialmente por el Señor, y escogidos para ser oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos, y aun de la misma sangre de Jesucristo; sus favorecidos, sus ministros, encargados de las oraciones del pueblo, por su oficio; obligados á servirle de luz, por su ministerio; destinados á alabar dia y noche al Señor, por deber. Su vida escondida en Jesucristo, segun la expresion del Apóstol, debe representar á los ojos de todos la vida del mismo Cristo. Sus dias no son suyos; reservóselos para sí el que los llamó á su servicio; estáles prohibida toda ocupacion puramente profana; para ellos todos los dias son ferias; esto es, dias de fiesta y solemnidad : fines, acciones, deseos, diversiones, hasta la misma aparente ociosidad, todo debe ser en ellos santo ó santificado. Siendo respetables aun á los ángeles por su elevado carácter, no lo deben ser menos á los hombres por la inocencia y por la santidad de su vida.

¡Qué desolacion, qué desgracia, exclama el Profeta, que las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion mientras están en su lugar, se

(1) Eccl. 47.

hallen esparcidas por los rincones de las calles, pisadas y tratadas con desprecio, cuando ya no sirven mas para el uso á que estaban destinadas!

¡Qué escándalo seria si aquellos ministros del Altísimo, que solo debieran encontrarse entre el vestibulo y el altar llorando sus pecados y los del pueblo, se hallasen todos los dias en las concurrencias profanas, frecuentando las academias de la ociosidad, siendo el alma de las diversiones y el espiritu del juego, malogrando todo el tiempo en una delicadeza ó en una disipacion escandalosa!

¡Pero ah! ¿y no se hallan por nuestra desgracia algunos de esos mercenarios, de esos sacerdotes intrusos, que con lastimoso daño de la religion desacreditan su sagrado ministerio? ¿No se hallan algunos de esos hombres indignos, que, sin mas vocacion al estado que abrazaron que el de una renta pingüe, consideran un beneficio eclesiástico como suplemento de una legítima escasa? ¡O santo Dios, y qué terrible cuenta han de dar al supremo Juez del uso de sus rentas, de las obligaciones de su estado, y de todos los dias de su vida pasados en la ociosidad, cuando ni un solo momento debieran tener que no lo empleasen bien!

La vida ociosa y delicada tiene sin duda sus entretenimientos; pero hay pocos que sean inocentes, y ninguno que no sea indigno de un eclesiástico. Pocos ociosos hay de esta clase que dejen de ser culpados. Como son, ó se hacen personas necesarias para las diversiones de otros, sin ellos parece que no tiene alma la conversacion; al juego, en su ausencia, le falta toda la gracia; y en fin, las visitas, el paseo, las tertulias, y cuantas fiestas profanas hay, les absorben todo el tiempo, reservándose solo unos pocos instantes, y esos los últimos de la noche, para rezar precipitadamente algunos salmos. Aun esta corta

obligacion del estado, desempeñada tan mal y de corrida, les parece una carga insoportable. Háceseles pesada la santidad de su carácter, y falta poco para que una gruesa renta, con obligacion de hacer cracion á Dios, no les parezca un beneficio á titulo oneroso.

¡Pues qué! ¿No se separaron del pueblo, no se alistaron en la familia de Jesucristo, sino para hacerse mas lugar en las concurrencias mundanas? ¿Puede representarse escena mas escandalosa, puede darse al público espectáculo mas digno de risa? Siempre hace una figura muy ridícula el que representa un papel que no le conviene; nunca sale uno de lo que corresponde á su estado, sin hacerse digno de risa por el mismo hecho. Y esta ridiculez ¿no será mas visible en una persona eclesiástica? ¡Ay mi Dios! ¿Quién podrá tranquilizar en la hora de la muerte á un hombre cargado de obligaciones, todas á cual mas estrecha, todas á cual mas indispensable, todas á cual mas sagrada, y que muere sin haber cumplido jamás puntualmente ni aun quizá con una sola de ellas? Ellos solos bien puestos á cubierto de las miserias y de las calamidades de los tiempos; ellos solos exentos de los trabajos y de los cuidados inseparables de los demás estados y condiciones; ellos solos ricos con los bienes de los pobres; ¿es posible que solo han de encontrar lugar para los pasatiempos! ¿que su sagrado carácter solamente les ha de servir para la diversion, y sus crecidas rentas para arrastrar un gran tren y un magnífico equipaje! ¿Entraron acaso en la Iglesia solo para engolfarse mas en el mundo? ¡Oh, y qué cuenta darán á Dios!

El evangelio es del cap. 23 de san Mateo, y el mismo que el día v, pág. 100.

MEDITACION.

A QUÉ PELIGRO SE EXPONEN LOS QUE PASAN UNA VIDA OCIOSA.

PUNTO PRIMERO.

Considera á qué riesgo nos exponemos en una vida ociosa é inútil, y cuánto debemos temer el castigo de un Dios justamente irritado, que puede fulminar contra nosotros aquella terrible sentencia de reprobacion pronunciada contra el árbol que no lleva fruto.

Mucho tiempo ha que no cesa Dios de darnos avisos: inspiraciones, gracias, auxilios, instrucciones, accidentes imprevistos, lectura de libros, todo se dirige á convertirnos. Hace mucho tiempo que el Señor busca frutos, y no encuentra mas que hojas, ó frutos semejantes á los del campo de Gomorra, que debajó de una bella corteza solo esconden podredumbre y amargura. ¿Cuál será, pues, nuestra suerte? ¿qué destino podemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; un cristiano vacío de buenas obras, sin devoción, y que no tiene mas que la apariencia de cristiano, ¿tendrá el cielo por herencia?

Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña que no hice? dice el Señor por el profeta. Trae á la memoria los auxilios que te he concedido, las gracias que te he dispensado. Despues de tantos afanes, ¿no debía esperar yo que esta mi viña me correspondiese con frutos dulces? Y en medio de eso no me ha dado mas que algunos racimos muy amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam. Juzgad, pues, ahora vosotros mismos, hombres ingratos, si tengo razon

para quejarme de vosotros. Hice por vosotros mas de lo que vosotros mismos os atreveriais á esperar, y en cierta manera aun mas de lo que podriais creer. Convenis en los beneficios que habeis recibido de mi liberal mano ; pero ¿me habeis servido por eso con mayor fidelidad , me habeis amado mas ?

¿No tenemos motivo para temer el justo castigo con que Dios amenaza á la viña estéril? *Auferam sepem ejus, et erit in direptionem* : Echaré por tierra el cercado con que la resguardé, y dejaréla abierta al arbitrio de los caminantes y de los pasajeros ; convertiráse en camino público, y será pisada de todos ; ya no se cultivará mas : si produjere algo, serán espinas y abrojos ; y para colmo de su desdicha, haré que no llueva mas sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Es fácil entender lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en tiempo de Pascua los propósitos mas santos ; conocióse el peligro de ciertas visitas, de ciertas funciones, de ciertas concurrencias, de ciertas conversaciones, y de ciertas malas costumbres ; fué fruto del dolor y del arrepentimiento un plan de vida nueva ; concluyóse que era indispensable la enmienda y la reforma ; pero pocos dias despues todo esto dió por tierra. Y un Dios tan justamente irritado ¿continuará despues sus extraordinarios desvelos ? ¿derramará despues con profusion sus especiales favores ? ¿dejará en pié ese cercado que tú mismo haces tantos esfuerzos para derribar ? ¿te colmará siempre de nuevos beneficios y de nuevas gracias ?

PUNTO SEGUNDO.

Considera la desgracia de una alma á quien castiga el Señor con esta justa , pero espantosa privacion. Derribada la cerca , esto es, perdido aquel recogimiento interior, debilitado aquel saludable temor de

los juicios de Dios , esterilizados los talentos, y reiteradas las recaidas , se entregará el alma indiferentemente á todos los desórdenes, y será presa infeliz de todas las pasiones ; ocuparán tumultuariamente el corazon mil turbulentos cuidados : apenas se dejará percibir la voz de Dios sino allá en lo mas hondo del mismo corazon ; no harán impresion los saludables consejos de un confesor docto y prudente ; mirárase la virtud con tedio y con disgusto ; haráse intolerable el yugo del Señor, parecerá como seco y agotado el manantial de las gracias. ¿Y qué será de una pobre alma en tan lamentable estado ?

Acaso te lisonjearás con que no te has abandonado al último desórden ; pero acuérdate de que el siervo holgazan y perezoso no fué castigado porque hubiese perdido el talento, sino por no haber negociado con él. Esperas volver en ti, y confesarte en la primera fiesta ; pero si la confesion que hiciste por Pascua de Resurreccion fué inútil, ¿no debes temer que no lo sea tambien la que hagas por Pascua del Espíritu Santo ? Entre tanto el tiempo se pasa, y quizá, quizá estamos ya tocando el término fatal de nuestra vida : *Jam enim securis ad radicem posita est*. Acaso será esta la última sollicitacion de la gracia ; acaso será la postrera vez que Dios nos advertirá, que Dios nos tocará el corazon, que Dios nos apretará para que salgamos de este estado infructuoso y estéril. Y despues de todo esto, ¿no debemos temer que pronuncie contra nosotros aquella sentencia del padre de familias contra la higuera que no daba higos : *Succidite illam, ut quid terram occupat?* Corten este árbol cuanto antes, arrójenlo al fuego ; ¿para qué se le ha de dejar ocupar el terreno de otro que puede dar exquisito fruto acreditando las diligencias del cultivo ?

¿Cosa extraña ! hacemos todas estas reflexiones ;

á muchos los estremecerán estas verdades; todos convenimos en que es muy arriesgada una vida inútil para el cielo; y en medio de eso, ¿para cuántos serán inútiles estas reflexiones?

No permitais, Señor, que sea yo de este número. Arbol estéril hasta aquí, he hecho ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, Dios de las misericordias; continuad, Señor, continuad los auxilios de vuestra gracia á mi alma, que espero dará fruto de hoy en adelante.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.
Dadme, Señor, todavía un poco de tiempo, que yo os satisfaré lo que os debo.

Domine Deus, ostende hodie, quia tu es Deus Israel, et ego servus tuus. III. Reg. 18.

Mostrad, Dios mio y Señor mio, en este dia que vos sois mi soberano dueño, y que yo soy fiel y humilde siervo vuestro.

PROPCSITOS.

1. Si has comprendido el peligro á que expone una vida ociosa, inútil y floja, fácilmente evitarás este peligro con el horror que te causará semejante vida. Pero guárdate bien de que este horror se reduzca solo á proyectos aéreos, á deseos inútiles que matan al perezoso. Procura que sea siempre práctico el fruto de todas tus meditaciones, esto es, que se dirija siempre á la reforma de tus costumbres, á arreglar tu conducta, y á la práctica de la virtud. Hasta aquí ha sido inútil tu vida, ó á lo menos ha habido en ella grandes vacíos; procura que en adelante sean dias llenos todos tus dias, segun la frase de la Escritura. Da desde luego principio por el dia

de hoy, practicando en él todas aquellas obras y ejercicios que corresponden á tu estado. Visita á los pobres enfermos en el hospital; consuélalos con tus palabras y con tus limosnas. Si no los puedes visitar en el hospital, ejercita esta obra de caridad con algunos de tu parroquia. Hay muchas familias honradas que tienen gran falta de todo; lo que á ti te sobra, las acomodaria mucho á ellas; socórrelas, y gasta en esto lo que habias de gastar en una mesa espléndida, en un convite inútil, en un vestido superfluo, ó en un mueble no necesario, que bien puedes pasar sin él. Harás en esto un gran sacrificio; ruégote que tomes gusto á esta práctica.

2. Huye la compañía de la gente ociosa, y aun debes dejar de asistir adonde reina la ociosidad. Ten continuamente alguna cosa en que ocuparte. Una señora cristiana siempre debe tener alguna labor que la ocupe; á la labor suceda la oracion, ó la lectura de algun libro devoto. Procura que sea útil hasta tu mismo descanso, por medio de conversaciones que fomenten la virtud y que edifiquen. Acostúmbrate á levantar el corazon á Dios frecuentemente con breves jaculatorias, y con actos de amor suyo. Es devocion muy provechosa rezar el *Ave Maria* siempre que da alguna hora. Mucho se adelantará con una vida empleada en estos devotos ejercicios; son unas industrias espirituales, al parecer de poca entidad, pero en realidad de gran valor para enriquecerse el alma.

SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR.

Entre las varias calamidades que ha padecido la Iglesia, y en la mayor corrupcion de los siglos mas relajados, siempre ha hecho ver su esposo Jesucristo